

LIBROS AMERICANOS. PLÁTICA DE LIBROS

—Cómo se imprime un libro en los Estados Unidos.

¡Qué nítidos, qué hermosos, qué convidadores son los libros que se imprimen en los Estados Unidos! Suele faltarle margen, como a los de Barcelona; suelen parecer muy cargados de letra, y como si pesasen más de lo ordinario las ideas que llevan dentro; y es cierto que de prensa americana no ha salido cosa tan bella como el volumen en que imprimió hace dos años en Bolonia sus poderosas "Odas bárbaras" el magno Carducci, ni como esos dieciseisavos deliciosos en que andan ahora las "Lettres de Mon Moulin," azahares del talento caluroso de Alphonse Daudet; y "Madame Bovary," el libro honrado y robusto de Gustave Flaubert; y los versos, pálidos y nubosos como el ajenjo, desgarradores como la mirada de una novia que al llegar a su altar hecho pedazos viese caer al suelo como una estatua de polvo a su desposado,—de Alfred de Musset:—¡Pobre poeta! se desearía tener siempre cerca su sepulcro, para sentarse a sus bordes a menudo, y besarle la frente!

Pero fuera de estas joyas de librería, no dan las prensas de país alguno tanto libro sólido, claro y perfecto. La obrilla más ruin, el más llano catálogo, el folleto veloz y levantisco, que hoy hiere y mañana ya es perdido, y pisoteado en el ardor de la batalla,—están impresos de manera que invitan a escribir, por ver en molde tan gallardo los propios pensamientos, que parece que ya han de ser tenidos como buenos, de ir tan garbosos.

Pero, antes de que lo lleve la fortuna a manos piadosas o brutales, ¡cuántas manos, y cuán diestras y beneméritas, ponen sus artes en el libro! ¡Qué séquito de inventos! ¡Qué lujo de máquinas, estos obreros de hierro! ¡Qué minuciosos y artísticos cuidados del formador, del preparador, del prensista, del obrero-hombre, máquina por ninguna otra vencida! Primero es la reducción del manuscrito a tipo; luego su ajuste en máquinas; luego el moldeo de las letras en planchas sólidas, su nivelamiento luego, para que la página sea tersa; su paso por la prensa de Adams cómoda, o la más activa del cilindro doble; el secamiento de la página rugosa en la prensa hidráulica, o por rodillos de acero caliente, que la dejan más lisa.—se llena el pecho de amor viendo a tantos hombres trabajar en el pensamiento!

Una pistola hace temblar. Todas debieran descargarse sobre el primero que la usó.—Un libro, aunque sea de mente ajena, parece cosa como nacida de uno mismo, y se siente uno como mejorado y agrandado con cada libro nuevo.—Bien es que entre los libros, porque no hay serie de objetos inanimados que no refleje las leyes y órdenes de la naturaleza viva, hay insectos:—y se conoce el libro—león, el libro—ardilla, el libro—escorpión, el libro—sierpe.—Y hay libros de cabello rojo y lúgubre mirada, como aquel hijo de Milady en ese poema de Dumas que llaman novela: "Los Tres Mosqueteros": y hay libros repugnantes como sapos.

No salen por cierto de prensas de madera, muy parecidas a una silla de canónigo, como aquella que usó Franklin,—los libros que por centenas cada día, en tal abundancia que no hay conocimiento humano que no esté en ellos ya especializado y diluido, brotan de las imprentas nunca desocupadas de Boston, New York y Filadelfia:—que en Chicago, imprimen poco. Ni se parecen las bien pobladas librerías de hogaño, en que campean:—sobre tallados anaqueles en imperial volumen los versos hondos de Edgar Poe, los resplandecientes versículos de Emerson, la pintoresca y novísima Historia del pueblo de los Estados Unidos, de John Back Mc Master—a aquellas otras escuetas de ha cien años, guardadas a ambos lados por grabados de colores que representaban la piedad de los africanos y las brutalidades de la trata, y en cuyas tablas ponderosas, perfumadas por el aroma de rosa de damasco y amable madre selva que de la ventana eran señoras, reposaban, no sin haber sido leídos antes por toda la familia, los “Pensamientos Nocturnos,” el “Mejoramiento de la Mente,” de Witt, “Los temibles efectos del Papado” y el “Mc Fingal,” de Tumbull:—que el que todo esto sabía, era sabihondo.

Ahora no:—ahora, ni las madre selvas dan ya el mismo perfume; ni se tiene la buena costumbre de leer repetidamente un número escaso de perfectos libros, de esos buenos que son todo meollo y savia; ni los tiempos, y lo que piden de los hombres, quieren menos que esas prensas colosales que en el espacio de una hora sacan de una tira de papel de cuatro millas de largo veinte mil periódicos:—y libros, casi tantos.

Es un ejército una imprenta.—Y como una estrella en una cueva—y una flor, suele verse al pie de una prensa jadeante una delicada mujer joven que echa la tinta en los cilindros, o un pequeñuelo de blusa tiznada que lleva en las manos una brazada de odas.—Pues, ¿quién dice que la poesía se haya acabado? Está en las fundiciones y en las fábricas de máquinas de vapor: está en las noches rojizas y dantescas de las modernas babilónicas fábricas: está en los talleres.

Cuatrocientos, quinientos obreros tienen en New York algunas imprentas.—Las cajas están llenas de tipos de Bruce, de Farmer Little, de Hoe & Co. Cada sala tiene su capataz, que distribuye el trabajo, y manda humildemente.—¡Es vieja ya la idea del mando!—Manda sólo, y mandará siempre de veras, el que haya traído consigo de la naturaleza el derecho de mandar.—Y el más cortés, es el mejor obedecido.

“Takes,” tomas, llaman en los Estados Unidos a la cantidad de material que se da a cada cajista para su conversión en páginas de plomo. Original le llaman con sobrada bondad las imprentas que hablan lengua española. Y en México, le llaman “hueso”. De tenerlo que roer le han dado este nombre.

De sus compartimientos en la caja van las letras, ordenadas por la ágil mano derecha del cajista, al “componedor,” que las recibe en la mano izquierda. A cada dos o tres páginas de material, que se truecan en unas veinte “líneas” de letras de plomo en el componedor, el cajista saca las líneas del componedor lleno, y las

pone con cuidado en la "galera," larga y estrecha plancha de metal, en figura de columna de periódico, con un borde de media pulgada de alto en sus lados y cabeza: y luego viene el amarrar y ajustar cada galera para "sacar" las pruebas de prensa, a fin de que las vea ya limpias y espulgadas de meras faltas de imprenta el autor.

¡Oh autores, divinidades maltratadas, estatuas de sí mismos, Joves diminutos!: ¿cuál de ellos no cree que no es pecado mayor, sino derecho propio y natural de su grandeza tener al cajista encorvado luengas horas sobre sus galeras, acuñando, injertando, trasponiendo, rebanando, hinchando con las selvosas y enmarañadas correcciones de que el autor repleta los márgenes de la prueba, el original que con un ápice más de respeto al hombre—por no estar averiguado que no lo sea un cajista—hubiera podido enviar a una imprenta liso ya y bien pulido? Pues un cajista es un hermano; y como el brazo de los autores, que deben mimar y cuidar bien sus brazos.—Sólo que en nuestras tierras tiene el buen cajista que corregir los defectos que por su cuenta comete al poner en letras de plomo, que llaman "parar," el original, y cuantos aditamentos o tajos plazca luego al autor hacer en su obra:—mientras que en esta tierra justa, el autor que ultra-corrige, paga; y cuantas palabras ponga o quite de las que puso en el original, tantas le cuestan; por lo que hay trabajadores de a hora que cobran aparte por atender a estos cambios de autor. Autores y autorcillos debieran saber que injertar una palabra en lo ya compuesto, o sacar de ella una sin sustituirla, obliga "a recorrer" y cambiar todas las líneas de un párrafo, cuando no una o más páginas, como acontece cuando el escritor es de esos pomposos, historiomanos y asiáticos que de un sujeto a un predicado engastan versetes del Deuteronomio, barbas de Carlomagno, cadalsos de este y aquel rey, y Marías y Luises, que paran todos luego en los brazos regocijados y recién hechos del Progreso,—de cuyos escritores, como del de estas líneas a veces, dicen cosas extrañas los cajistas.

Luego de corregir, viene el "aplanar," ya para que las "formas" vayan a la prensa, a que la tinta las empape y el papel las copie, a ser luego fenómeno prodigioso, que da luz de letras negras,—ya a estereotiparlas o electrotiparlas, que son ambas maneras de perpetuar en planchas de metal la obra, de modo que si se quieren hacer nuevas ediciones de ella, no haya que gastar de nuevo en su composición, o colocación en tipo, sino que como de un negativo se saca un retrato, de las planchas se sacan los nuevos ejemplares de la obra sin más costo que el del papel y la tirada. Sólo que esto ha de hacerse cuando ya no se tiene que alterar la obra, porque si hay muchas correcciones que hacer en la edición nueva, como para corregir hay que cortar la plancha y sustituir el trozo cortado con la corrección estereotipada o electrotipada, y como la plancha de cada página es enteriza, y ya las líneas no pueden recorrerse ni alterarse, viene a ser la corrección de las planchas tan dilatada y cara como la composición nueva del libro.

Si de la obra sólo ha de consumirse un número no muy considerable de ejemplares, o si (por no ser libro de educación, de

consumo constante, o de ciencia, de valor permanente, o de autor clásico, que ya no cambia y siempre se lee, entendiendo por autor clásico todo autor magistral, en lo que Gustave Flaubert cabe tan bien como Homero;) no es de esperar que se repita prontamente la edición, no—es cosa de entrar en gastos de estéreo o electrotipia, a no ser que no se pare en cuartos el autor del libro, y quiera verse en páginas más tersas y bellas:—que nunca lo son tanto las impresas de letras, como las de planchas. Thompson & Moreau son buenos impresores de New York, que imprimen la letra con tal arte, que la plancha parece innecesaria. Y disponen sus tipos antiguos y amaderados con tal respeto a las tradiciones de la buena imprenta, que parece que salen sus libros de la casa de Robert Etienne, que imprimieron en tomo muy curioso las primeras obras que Philippe Desportes encaminaba a la Majestad de Polonia, o de las prensas más cuidadosas de Charles Chappellain, que al amparo de la imagen de Santa Bárbara que en alto nicho ornaba su pared, ponía en letras redondas los versos cultos y atildados de François de Malherbe, "gentilhombre ordinario de la Cámara del Rey".

Estereotipan los que quieren pagar poco y electrotipan los que, por unos cuantos dineros más, gustan de que el contorno de las letras quede más claro y limpio, y de que las planchas, por ser de cobre en vez de metal de tipo, como son en la estereotipia, duren más. Los grabados en madera, por ejemplo, siempre se electrotipan: sus delicadas líneas, tenues blancos y tersas sombras resaltan con especial dulzura con la electrotipia.

Hacer estas planchas no es obra de ingenieros del puente de Brooklyn. Con barro, yeso o "papier maché"—por ser tal la penuria de nuestra lengua en cosas de artes industriales, que tiene que andar de limosnera, usando términos foráneos—se sacan los moldes de los tipos, como se saca de un rostro humano una mascarilla. Luego sobre esos moldes huecos, cuyos huecos que son la superficie de las letras que ha de quedar impresa, se echa metal de tipo en estado líquido, que los llena, y forma sobre ellos capa espesa de metal que, enfriada, es ya la plancha.—Y ésa se lleva a la prensa, que la maltrata menos que a los tipos sueltos.—Para los moldes de estos periódicos tamaños que, a fin de no sacar de tipos cansados ejemplares borrosos requieren la estereotipia, se usa el "papier maché". Para los de libros, el yeso.

La electrotipia es proceso más seguro, y más largo. Sobre las páginas bien ajustadas y aplanadas, extiéndese una capa de cera dura y negra, que reciamente oprimida contra las páginas, saca con todos sus contornos y detalles la superficie de las letras. Echan sobre la cera endurecida graphito pulverizado, y la sumergen en un baño eléctrico, en que a las pocas horas se ve ya que el cobre precipitado sobre las láminas de cera, ha llenado los moldes y tendido sobre éstos una capa de cobre. Sacan la cera, ya inútil. Vierten metal de tipo sobre la base de la plancha, para hacerla más sólida. Cepillan esta espalda, de modo que quede a nivel, y rebanan los bordes, para que encaje bien en la forma. ¡Y a la prensa, a que el prensista la acuñe y nivele, de manera que no haya una parte de la página más hundida que otra; ni los grabados,

si los hay, queden más altos o bajos que las letras! Donde la plancha se levanta y queda demasiado apretada por el cilindro, o saja el prensista el papel que cubre a este en el punto en que oprime la plancha, para igualar la presión del cilindro en este punto de ella con la de todos los demás; o si, por lo contrario, el cilindro no oprime cierto lugar de la plancha como debiera, sobre este punto del cilindro pega láminas de papel que lo abulten hasta que la presión en él equivalga a la del resto, o acerca más la forma al cilindro poniendo cuñas de papel bajo el lugar hundido. Muy buenos sueldos pagan a estos celosos embellecedores del pensamiento;—porque como ayuda a la natural hermosura de la mujer un adecuado aliño, y a un lienzo bueno de pintor un marco, así las verdades resaltan más, y la belleza de lo escrito, cuando se le lee en páginas puras, nítidas y marginosas.—Marginosas, abundantes en margen.

Y luego de las prensas,—a la máquina hidráulica, que con gran poder comprime las hojas que, de húmedas al salir de la prensa, se han vuelto rugosas y como cirrosas, y de la máquina hidráulica salen tersas, perfectas, sin pliegue ni arruga.

Si se quiere que el papel tenga esa apariencia sedosa que a los norte-americanos parece suma y colmo de arte, y que los sobrios y elegantes ingleses desdeñan,—pasan entonces la hoja por entre cilindros de acero caliente, que la dejan bruñida y lustrosa.

Y después de esto, a la encuadernación; a que las parleras mozuelas que cotorrean en el departamento de plegadoras, mientras ven revolotear por el aire mariposas de color de fuego, que son como forma alada en que se cuaja el vapor sutil de las almas juveniles,—tomen las grandes hojas y las plieguen con rapidez y precisión de máquina, ya en dos, ya en cuatro, ya en ocho, ya en dieciséis páginas, hasta en treinta y dos paginillas a veces, cuando son esos librillos de literatura de colegio y novelas buenas que publica la casa de Harper, y que parecen los Benjamines de la imprenta, de monos y menguados.

Y cuando ya están las hojas plegadas, y el “colador” ha puesto en orden, uno sobre otro, del último al primero, los cuadernillos u hojas plegadas que forman el libro, va la prensa, que reduce grandemente el volumen de los cuadernillos hinchados; a la “cuchilla” circular, que les saja el lomo en tres o cuatro partes,—a la “máquina de coser,” que pone en las sajaduras que ha abierto en el lomo la cuchilla, los gruesos hilos que han de ayudar a sujetarlos; a redondear el “lomo” luego; a encolarlo, entelarlo y empapelarlo, para que encaje bien en la “cubierta” que le espera, ya sea de tela humilde, ya de tafilete vulgar de color habano, ya de piel de caimán que es ahora gran lujo, o de pergamino, como vuelve a usarse.

Después de todo lo cual, sale limpio y recio al mundo, y como anunciando que no se le leerá de prisa, ni en una sola sesión, el sólido y hermoso libro americano.

La América. Nueva York, noviembre de 1883.